

aprovechar la ocasion para oprimir á los Turcos, y se opuso á la marcha; veinte mil Rusos de tropas regulares entraron en el país de los Tártaros Nogai, entre las estepas de la Ucrania y la Crimea, al mando del general Leonteff, y lo devastaron todo; pero tuvieron al fin que retirarse á causa del frio y de la peste, terrible aliado de los Turcos.

1735.

Estos Tártaros eran los restos de la formidable Horda de Oro, que despues de haber esclavizado ó aterrado á la Rusia y la Polonia, por último habia prestado vasallaje á la Puerta, que se sirvió de ella en sus guerras contra los Rusos, los Polacos y los Húngaros. Ivan II habia subyugado á los de Kasan, Astrakan y la Siberia; quedaban estos otros, que ademas de la Crimea, poseían el Kuban, las dos Cabardias, y las vastas regiones á orillas del Danubio, del Dniester, del Bog y del Dnieper. La Rusia deseaba someterlos, porque de este modo se enseñorearia del Mar Negro, blanco de constantes esfuerzos, y dictaria leyes á la degenerada Turquía. Empezó, pues, una guerra regular, en que la Rusia pudo hacer uso de tropas disciplinadas por buenos generales, en especial por el feld-mariscal Cristóbal Münnich, noble de Oldemburgo, excelente ingeniero que dirigió el admirable canal de Ladoga (1732) y las guerras. Á la menor desobediencia, hacia atar el soldado á los cañones, y arrastrarle así durante largos viajes; viendo que muchos fingian enfermedades para no marchar á los ataques, prohibió ponerse malo, amenazando que de lo contrario los mandaria enterrar, y en efecto mandó enterrar algunos. No queriendo un batallon atacar á la incendiada Oczakof, ordenó volver contra él las baterías. Introdujo los cadetes: refrenó la caballería tártara, esparciendo en el terreno caballos de frisa, y fué el primero que ideó debilitar á la Turquía, sublevando las poblaciones cristianas sujetas al gran señor.

C. Münnich.

1736.

Münnich pasó el Don, se dirigió á la Crimea, llegó á Bachisarai, residencia del kan, incendiando á fuer de Bárbaro el palacio, la biblioteca y dos mil casas. El hambre y las enfermedades le obligaron á retroceder sin establecerse en ninguna parte; en tanto que los Calmucos, súbditos de la Rusia, se lanzaron entre los Tártaros del Kuba é hicieron un rico botin. Münnich, habiendo vuelto á salir á campaña con setenta mil hombres, embistió á Oczakof y la tomó por asalto; en seguida llegó hasta la Moldavia y la Valaquia, entablando relaciones con aquellos Cristianos; pero tambien entonces las enfermedades le precisaron á emprender la retirada. El feld-mariscal Lascy se habia conducido de una manera igualmente cruel respecto de la Crimea, reduciendo á cenizas mil aldeas.

1737.

Carlos VI, que habia ofrecido socorrer á la zarina Ana, esperaba reponerse allí de las pérdidas experimentadas en Italia; así, no obstante hallarse exhausto el Erario, envió un ejército aunque solo de reclutas y mal provisto; y porque salia siempre mal parado, hizo proce-

sar y prender al conde de Seckendorf que lo mandaba (1) y privó á otros de su valimiento, mientras que el conde de Bonneul, descontento de él, llevaba á los Turcos á la victoria. Desconfiando de sus generales y embajadores, se dispuso á una paz á toda costa. El conde de Neippers, encargado de negociarla, lo hizo de modo que ha sido mirado como traidor, hasta que los documentos publicados por su hijo no han permitido acusarle sino de una inconcebible ligereza. Cedió, pues, á Belgrado y la fortaleza de Sabacs, la provincia de Servia, la Valaquia Austríaca, y pactó que los Austríacos reducidos á esclavitud pudiesen ser rescatados por los particulares. Así la presuntuosa incapacidad de los consejeros de Carlos sacrificaba el mas hermoso fruto de las victorias del príncipe Eugenio; con una paz que apenas se hubiera aceptado teniendo al enemigo á las puertas, se dejaba abierta á los Turcos la entrada de Viena: y Münnich que despues de atrevar el Dniester, se dirigia sobre Bender, se vió detenido por negociaciones « las mas extrañas y desgraciadas que presenta la historia (2). »

1730.
18 de setiembre

Encontróse la Rusia sola, y no fiándose del shah Nadir, que prometia atacar de nuevo á los Turcos, celebró la paz conservando las fronteras anteriores, demoliendo la fortaleza de Azof, y dejando desiertos para mas seguridad aquellos alrededores; se declararon libres las dos Cabardias, como barrera entre ambos imperios; se restituyeron los esclavos sin rescate; se reconoció á la Rusia el título imperial, y se permitió á sus súbditos visitar la Tierra Santa sin pagar ningun tributo. Renunciaba, es cierto, á la adquisicion del Mar Negro, objeto de la guerra, y prometía no tener allí buques; pero quitaba los obstáculos que á su ambicion habia puesto la paz del Pruth. El divan habia seguido en esto los consejos del marques de Villeneuve, embajador de Francia, y concluyó con esta potencia un tratado de comercio, que desde entonces quedó como norma de las relaciones entre ambos Estados.

Mahamud hubiera podido aprovecharse de la situacion apurada del Austria, envuelta en la guerra de Sucesion; pero en vez de hacerlo así, se ofreció por mediador, exponiendo razones morales excelentes, aunque ineficaces para contener aquellos inhumanos ambiciosos, y permaneció por lo tanto en clase de simple espectador. Sin embargo, Constantinopla no tenia un solo momento de descanso; los renacientes motines obligaban á mudar de ministros, prendian fuego á millares de casas, y se extinguian en arroyos de sangre. Mahamud, ocupado en reprimirlos y en salvar su vida quitando la de otros, no pudo ejecutar el bien de que era capaz ni atender á la política exterior; amante de la magnificencia, sacrificó á ella la sencillez y las

1740.

(1) THERESIUS, Versuch einer Lebensbeschreibung des feldmarschal Grafen von Seckendorf, 1792.
(2) SCHÖELL.

frugales costumbres de su nacion, y se introdujeron en el vulgo excitado las necesidades del lujo.

Otman III.
1734.
13 de setiembre

Le sucedió Otman III, su hermano, que habiendo vivido hasta cincuenta y cinco años encerrado en el serrallo, veía entonces por la primera vez, no solo los negocios, sino las calles, los palacios y rostros diversos de los eunucos y las odaliscas. Como un niño inepto se paraba, pues, á mirarlo todo; tenia ligerezas; se le ocurrian absurdos caprichos; cambiaba de ministros á cada instante, y por último, temiendo perder el solio inesperado, empezó á cometer crueldades. El pueblo se vengaba con los incendios, uno de los cuales destruyó dos terceras partes de la ciudad. Próximo á espirar, hizo que le llevasen al Kiosco en el extremo del serrallo, para recibir el último saludo de la escuadra.

CAPÍTULO XII

Rusia.

Los Rusos, nacion diestra é imitadora, habian sido enseñados á guerrear por Pedro I, el cual atrayéndose los mejores oficiales y soldados de Carlos XII y de toda Europa, llevó á pleno efecto el sistema que no habian logrado establecer Luis XIV y Federico Guillermo, porque se las hubo con gente mas material y desde su nacimiento hecha para obedecer. La imprudencia de Carlos XII, las discordias y debilidad de los Polacos, los desastres de Luis XIV, la depresion de Austria lo habian favorecido para engrandecer su imperio y hacer formidable su ejército. Así le obedecian las provincias que baña el Báltico, y le eran tributarias Polonia y Suecia.

Europa habia temido que le invadiesen nuevos Bárbaros, no amansados aun por la civilizacion; pero la rudeza de la nacion la hizo capaz de progresar, no obstante la perversidad de la corte.

1725.
8 de febrero.

Habiendo muerto Pedro sin designar sucesor, algunos querian á Catalina, como si él la hubiese predestinado coronándola; otros á su sobrino de edad de diez años, hijo de aquel Alejo cuya muerte habia ella solicitado. Se cruzaron intrigas, se buscó el apoyo de los soldados y del santo sínodo; pero Catalina « esclava coronada, que no sabia leer ni escribir, con tanta fuerza de carácter como presencia de espíritu, sostuvo los derechos de mujer, de viuda, de madre, de madrastra. Habiendo conservado la confianza y cerrado los ojos de su terrible esposo, satisfizo toda la formalidad del dolor, puso en lugar seguro el tesoro, ganó á los soldados, hizo obrar en el momento oportuno á su favorito Menzikof, y vestida de luto al estilo del país, se mostró en todas partes llorando, conspirando, reinando (1). » Ofreció ser madre de la

Catalina I.

(1) LEMONTÉY.

nacion, y en efecto alivió las cargas, abrió las puertas de la patria á los desterrados, quitó las horcas de los caminos; en el exterior continuaron las desavenencias con la Inglaterra y la alianza con el Austria y la Prusia.

Gobernaba en su nombre Menzikof, el cual (porque tambien la historia de Rusia se parece á la de Roma y de los Bárbaros) se pretende mató á Pedro para sucederle, y que luego, poniéndose de acuerdo con el Austria, para hacer que el futuro czar diese la mano de esposo á su hija, asesinó á Catalina en cuanto la vió buscar en nuevos amantes un apoyo para sustraerse de su dominio. Habiendo muerto la zarina á los treinta y ocho años, Menzikof tomó al niño Pedro II y le llevó á su palacio, dictándole allí un decreto de proscripcion contra sus enemigos, especialmente contra los que trataban de desbaratar el matrimonio con su hija. Pero los príncipes Dolgoruki murmuraron al oído del mismo czar, infundiéndole la idea de que Menzikof propendia con esto á privarle de toda autoridad, y tanto hicieron que lograron le desterrase: se añade que las riquezas que se le confiscaron subieron á nueve millones de rublos en papel, cuatro millones en dinero efectivo, y ochocientos mil rublos en joyas; vasos de oro con peso de ciento cinco libras, y de plata con peso de cuatrocientas veinte. Los Dolgoruki que le reemplazaron en la confianza de Pedro, desposaron á este con Catalina, joven de su familia; pero al poco tiempo el czar murió de las viruelas, y con él la descendencia masculina de los Romanof.

Pedro II.
1727.
17 de mayo.

1730.
20 de enero

Los Dolgoruki supieron manejarse de modo que recayese la eleccion en la persona que menos derecho tenia á ella, Ana, hija de Ivan, hermano primogénito de Pedro el Grande, duquesa viuda de Curlandia, esperando que la aristocracia podria rehacerse á costa de los czares. Le impusieron, pues, una capitulacion, donde Ana prometia no emprender nada sin consentimiento del Senado, y sobre todo no llevar consigo á su favorito Biren. Ella aceptó cuanto se le dijo, resuelta á no cumplir cosa alguna: Biren vino; una pretendida diputacion de los nobles, del clero y de la nacion le suplicó que aniquilase la capitulacion como no conveniente á la Rusia, y Ana declaró que reinaba por derecho hereditario. Desterrados los Dolgoruki, les reemplazaron Ostermann y Biren (1), el cual gobernó despóticamente, y parecia haberse propuesto poblar la Siberia con los restos de la nobleza rusa: justificaba sus crueldades alegando que eran necesarias para gobernar á los Rusos. Si se queria arruinar á un enemigo, bastaba enviar acá y allá quien gritase: *Sé las palabras y el asunto*, lo cual indicaba conocimiento de una conspiracion y voluntad de revelarla; y con tal que el acusador fuese suficientemente robusto para sostener el triplicado

Ana.

(1) Desde aquel momento se llamó Béron para mostrarse pariente de la familia francesa; debilidad que ha tenido tambien un gran poeta en nuestros dias.

vapuleo del knut sin desdecirse, veía sometido al mismo tratamiento al acusado. Así proseguían atormentándolos alternativamente, hasta que el uno se declarase reo ó el otro calumniador. Este medio se puso en práctica contra muchas personas distinguidas, y en especial contra los Dolgoruki, acusados de conspiración contra la czarina.

Aunque provista de un buen ejército, Ana no amaba la guerra; por el contrario, como hemos visto, devolvió á la Persia las provincias que Pedro el Grande le había quitado, y que eran mas costosas que útiles; sin embargo, triunfó en Turquía, así como en Polonia y Curlandia. Los hijos del país aborrecían á los Alemanes, con cuyo nombre se indicaba á Ostermann, Biren y Münnich; pero el que censuraba su despotismo, estaba seguro de ir á la cárcel ó á la Siberia. Ana con la firmeza refrenó á un pueblo inquieto en su servidumbre, y no sacrificó el amante al defensor. Desde Moscou, donde Pedro II residía, restituyó la corte á Petersburgo; sobre un monte de Jaspe, en la confluencia del Or y el Ural, edificó á Oremburgo; impuso el rey á la Polonia, ludibrio desde entonces de la Rusia; y habiendo vacado el ducado de Curlandia, poseído por la casa de Kettler como feudo de la corona polaca, Ana con las seducciones y el auxilio de un poderoso ejército, hizo que recayera la eleccion en su favorito Biren.

1740. Este había inducido á la czarina á designar por su sucesor á Ivan, hijo de su sobrina, casada con el duque de Brunswick; y á la muerte de Ana obtuvo la regencia. Sin embargo el feld-mariscal Münnich, que era mas peligroso en la intriga por lo mismo que se le creía inepto, conspiró en daño de Biren, que fué desterrado, proclamándose regente á Ana de Mecklemburgo, madre de Ivan. Münnich esperaba en premio el cargo de generalísimo; pero Ana invistió de él á su marido, y el feld-mariscal perdió en breve su puesto de primer ministro, porque favorecía á la Prusia, mientras que ella se inclinaba al Austria.

Isabel. Isabel, hija de Pedro el Grande, no se había lanzado á disputar el trono, á causa de su voluptuosa inaccion; pero Lestocq, barbero frances protegido por ella, conspiró en su favor, y se le presentó con un papel donde estaban pintados por un lado ella con la cabeza rapada y él sobre la rueda, y por el otro ella en el trono y él en las gradas; y le dijo: *Ó esta noche lo uno, ó mañana lo otro.* Isabel le dejó obrar, y la revolucion habiendo empezado por la noche con ciento cinco granaderos, estaba consumada á la mañana siguiente; el niño Ivan, cuando despertó, se encontró en brazos de la nueva emperatriz, y al oír los aplausos del pueblo, gritó como los demas: *Viva Isabel, y esta: ¡Pobre niño! Ignoras que gritas contra tí mismo.*

Fué aquella una verdadera insurreccion contra los extranjeros, expulsados de todo el imperio ó degollados; los que servian en el ejér-

cito se asociaron para defenderse, y pasaron al servicio de otra potencia; se restablecieron los usos nacionales; se ostentaron la ignorancia y la grosería; el lujo sin elegancia, la supersticion intolerante; se abandonaron los vastos proyectos que los Rusos eran capaces de efectuar, no de concebir; se robaban niños para hacerlos esclavos, so pretexto de convertirlos. Isabel, que había ganado á los soldados por medio de vituperables deleites, entonces como jefe de la Iglesia obtuvo una veneracion sin límites. No por clemencia, sino por miedo á cuanto le recordaba la idea de la muerte, había prometido no enviar á nadie al suplicio; pero los antiguos favoritos fueron castigados con el knut, con la privacion de la lengua ó con la deportacion á Siberia, bajo el pretexto ordinario de conspiradores; encerró á Ivan en una prision, confinó en Oremburgo á la familia desposeída, en Siberia á Ostermann, Münnich y otros. Si no instituyó, á lo ménos mantuvo la cancelleria secreta, inquisicion política sin piedad; y llenaron la Siberia los desesperados gemidos de ochenta mil personas azotadas, mutiladas, muertas de hambre. Muchos de aquellos individuos habían sido sus amantes, y todos estaban obligados á ocultar sus nombres de familia.

Berstoucheff, hombre corrompido y grosero, robusto de ingenio como de cuerpo, tenia sujeta á Isabel, y sacrificaba el país á su codicia. Sin embargo, la voluble lascivia de la czarina le proporcionaba efimeros rivales de todas clases y naciones; como Razumofski, ignorante aldeano de la Ucrania, que había entrado de corista en la capilla y agradaba por su hermosa voz; como el príncipe heredero de Hesse-Homburgo; La Chetardie, embajador de Francia, que alcanzó regalos por valor de millon y medio. Su política vacilaba segun la voluntad de estos. Berstoucheff, favorable al Austria, consiguió descubrir á Lestocq, que se inclinaba á la Francia, y en un imprudentísimo proceso le hizo condenar á muerte, pena que fué conmutada en destierro perpétuo con dos rublos diarios. De repente Isabel se volvió devota y se casó con Razumofski; reprimió la licencia de la capital mandando prender á multitud de mujeres, con lo cual las honradas se encontraron confundidas con las prostitutas, por denuncias de enemigos y de rivales; el que tenia hijos naturales debía legitimarlos con el matrimonio, aunque fuese desigual; si no, le aguardaban las minas de Oremburgo.

Isabel fundó la universidad de Moscou y una Academia de bellas artes en Petersburgo, y suministró á Voltaire los materiales para la historia de su padre. Amaba el teatro, y formó uno nacional, para el que escribió Alejandro Sumazakof nueve tragedias, imitando á Racine, diez comedias, y una ópera puesta en música por un Italiano, la primera que se ha cantado en Rusia. El italiano Juan Locatelli introdujo allí la ópera cómica y el baile. Aunque lloraba

al oír enumerar los súbditos que habían muerto en la pelea, miraba la guerra como estado normal de la Rusia, y creía que esta debía siempre mantenerse amenazadora respecto de las naciones cofinantes; extendió sus dominios, y traficaba en beneficio propio con las alianzas y las enemistades. Por la paz Abo adquirió la Suecia, la provincia de Kymenogorod, la fortaleza de Nyslot y las islas en la embocadura del Kymene. Sometió completamente á la Rusia los Estados de Curlandia y de Semigaglia; domoñó la Turquía, é hizo temblar á Federico II, llegando hasta ocupar su capital.

Cosacos.

Gran paso fué para la Rusia el haber sometido á los Cosacos, mezcla de los restos de los antiguos Cozaros, Polofzos, Mogoles, Turcos, Circasianos, Lituanos, de aventureros de todos los países, cuya vida expresa la decadencia del antiguo espíritu asiático, y el creciente predominio de la civilizacion europea. Constituyen los Cosacos como el anillo entre los nómadas asiáticos y los ejércitos regulares de Europa, fundiendo pueblos que se habían hecho antes la guerra, y que ligados poco á poco al suelo por la religion y la costumbre, deponen la barbarie, y ahorran la necesidad de arrancar á la agricultura los hijos de una nacion ya establecida. Los llamados Zaporogos, es decir, que habitaban por encima de las cataratas del Dnieper, habían vivido bajo el patrocinio comun de la Rusia y la Polonia, hasta que en 1686 se entregaron enteramente á la primera. En la guerra de Carlos XII y Pedro, aquel los sublevó, y Mazepa, su jefe, marchó con algunos á su socorro; pero despues de la batalla de Pultava se les empaló y descuartizó, volviendo los demas á tascar el freno. Los que no habían podido entonces pasar el Dnieper en Oczakof, establecieron á orillas de este río una nueva setcha ó atrincheramiento, bajo el kan tártaro de Crimea y gobernados por el hetman Felipe Orlik, sucesor de Mazepa. Habitando en casas dispersas y mal construidas, cada cual debía pertenecer á uno de los treinta y ocho kurenés ó barrios que formaban como otras tantas familias, alimentándose en comun, bajo el mando de un hetman, y dependiendo todos de un koschewoi-hetman. En la setcha no había ninguna mujer, y el que deseaba alguna, salía de ella; pero se reclutaba con los fugitivos de otras naciones y con niños robados. Al principio del año celebraban una asamblea general, repartiendo á la suerte los campos, los rios y los lagos, no entre los particulares, sino entre los kurenés, y se elegian nuevos hetmanes, si ya los antiguos no agradaban. Ademas se celebraba asamblea extraordinaria cuando había que emprender alguna expedicion, ó por otro grave interes. Un juez resolvía los asuntos ménos importantes; los de mayor cuantía, todos los jefes reunidos.

Habiendo aniquilado los Rusos esta horda, los Tártaros recibieron á los Zaporogos en la orilla izquierda del Dnieper; y la Rusia, mientras

perdía la soberanía sobre ellos, la conservó sobre los de la Ucrania. Daniel Apóstol, hetman de estos, fué á Moscou y obtuvo muchos decretos favorables á su nacion, alivio en las contribuciones, libre comercio. Despues los mismos Zaporogos, habiendo permanecido veinticuatro años bajo la dominacion de los Tártaros, invocaron la de los Rusos, y en número de dos millones trasladaron su setcha al Polpolnaya. Á la muerte de Apóstol (1734), Ana abolió el cargo de hetman, y puso entre ellos el gobierno ruso; pero Isabel restableció aquella dignidad (1751) para conferirla á un hermano de su favorito Razumofski, partidario de los Cosacos. Posteriormente, en la paz de Kainargi, habiendo manifestado los Zaporogos alguna pretension á parte de la provincia cedida por la Puerta, Catalina II hizo destruir su setcha (1775), de cuyas resultas muchos pasaron á Besarabia, y de allí á la Moldavia, y otros fueron enviados á la costa oriental del Mar de Azof (1787) con el nombre de Cosacos del Mar Negro, donde luego (1804) tuvieron una administracion particular.

Para asegurar la sucesion en la descendencia directa de Pedro el Grande, Isabel llamó á su corte á Pedro, duque reinante de Holstein-Gottorp, hijo de Ana, primogénita de Pedro el Grande, y haciéndole abrazar la religion griega (1745), le casó con Sofia de Anhalt-Zerbst, que en la nueva religion se llamó Catalina. Niños ambos, jugaban entre sí; pero pronto su dicha se vió alterada en una corte conducida por favoritos, y Berstoucheff, que odiaba á Pedro, trató de perderle, rodeándole de espías, raza poderosa entonces. En efecto Catalina, culta y de ingenio vivo, cobró odio á su marido, que parecia merecerlo. Pedro embriagado, entretenido en bagatelas, sombrío, receloso, gastaba en soldados y fábricas hasta el punto de no tener nunca dinero; separó de su mujer á un hijo que tuvo de ella, y entrando despues en secretas relaciones con el rey de Prusia, ideaba reformar, segun el modelo que este le ofrecia, las milicias y el gobierno.

Entretanto Catalina, que poseía el arte de aparecer víctima de su marido al mismo tiempo que le vendia, se había captado la amistad de Berstoucheff, y luego el amor de Estanislao Poniatowski, embajador polaco. Este, á quien Pedro sorprendió disfrazado en los jardines, fué despedido: Catalina, habiendo sido perdonada, no interrumpió sus amores ni sus intrigas, y formó el plan de reemplazar á su marido con su hijo Pablo, para reinar en clase de tutora. Descubierta la trama, Berstoucheff fué desterrado como traidor, y á Catalina se le concedió tambien esta vez el perdon. Entre los soldados á quienes se entregaba desconocida, prefirió á Gregorio Orlof, al cual comunicó el secreto de su ambicion no apaciguada por los goces, y que miraba incesantemente al trono. Cansado de tantos agravios, Pedro mandó á decir á la czarina que « renunciaba á su brillante porvenir para retirarse al Holstein. » Isabel no